

sideremos eficaz contra el tentador, sino en cuanto salgamos de ella mas humildes, mas contentos de Dios, de cualquier modo que nos trate, y mas descontentos de nosotros mismos. Esta advertencia nunca me parece bastante repetida; pues la humildad es la piedra de toque de la buena oracion, y nada nos expone tanto al orgullo y á la ilusion como la oracion mal entendida y mal practicada, en donde uno es el juguete del propio espíritu y del amor propio.

Jesucristo, por fin, se retira al desierto para conversar allí únicamente con Dios y luchar con el diablo, antes de empezar su vida pública. Hasta entonces habia llevado una vida oculta y laboriosa; y no leemos que mientras en la oscuridad se ocupaba en el trabajo de sus manos, hubiese probado tentacion alguna. El trabajo asiduo es efectivamente un medio seguro para desviarlas. Mas en el momento en que él va á entrar en la carrera de sus predicaciones, en que va á manifestarse al mundo por su doctrina y por sus milagros, quiere pasar por la prueba humillante de las tentaciones. En verdad no le era necesaria esta prueba para preservarle de la disipacion y de la vanagloria, que son los dos escollos del ministerio público; mas en esto no tuvo otra mira que nuestra instruccion. Para afirmarnos en la vida interior y fortificarnos en la práctica de las virtudes, Dios nos tiene por largo tiempo como ocultos bajo la sombra de sus alas y en este apacible retiro encontramos nuestra seguridad. Mas cuando son sus designios servirnos de nosotros para la santificacion de los demas, nos prepara regularmente para ello por medio de la tentacion: primeramente á fin de que por nuestra experiencia personal podamos ser mas útiles al prójimo; y en segundo lugar, para hacernos mas vigilantes y mas atentos sobre nosotros mismos, y para que las relaciones exteriores no produzcan el mal efecto de disiparnos. Porque las tentaciones nos instruyen de nuestras propias necesidades, y nos enseñan á no descuidarlas, proveyendo á las necesidades de otro; en tercer lugar, para mantenernos en la humildad con el recuerdo siem-

pre presente de nuestra corrupcion y de nuestra flaqueza, para estar apercebidos contra las alabanzas y los aplausos de los hombres, y guardarnos de atribuirnos nada de todo el bien que Dios hace por nosotros y del cual es justo que le redunde la gloria. Pesemos bien estas razones, y conoceremos de cuánta utilidad son las tentaciones para las almas interiores que están destinadas al servicio y al adelantamiento de los otros por medio de la predicacion, de la direccion, y hasta de las conversaciones familiares.

---

## CAPITULO XX.

DE QUÉ MODO JESUCRISTO RECHAZA LA TENTACION.

**D**ESPUES de un ayuno tan prolongado, que parece no pudo sostener Jesus sin un prodigio, apurada ya la naturaleza, probó el dolor y el hambre. Aprovechó el diablo este momento para acercarse á él y tentarle, diciéndole: *Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.* (Matt., IV, 3 y sig.) La tentacion fué puramente exterior; el diablo se le presentó bajo una forma visible y le habló. El desierto en donde se hallaba no le ofrecia naturalmente medio para satisfacer la necesidad urgente en que se encontraba. Era, pues, necesario que apelase para este efecto á su omnipotencia; y esto es lo que le propuso hacer el demonio á fin de asegurarse si era realmente el Hijo de Dios, como ya lo sospechaba. Su malicia estaba interesada en saberlo, y Dios queria tenérselo oculto para que la destruccion de su imperio y la redencion del género humano se obrasen por los esfuerzos mismos que haria él para impedirlo. Jesus, que no podia desconocer el ardid, le respondió con esta sentencia de la Escritura: *El hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.* Es decir, Dios no está

reducido á solo pan para sustentar al hombre, no tiene mas que mandar y puede suplirlo con todo otro alimento. Por medio de esta contestacion inutiliza el artificio del tentador y no descubre lo que él es, sin que por sugestion haga el menor uso de su poder absoluto sobre la naturaleza y deja á su Padre el cuidado de proveer á su subsistencia. A falta de pan, Dios habia alimentado á su pueblo en el desierto con un maná que llovía diariamente del cielo; esto es lo que significan las palabras de Moisés empleadas aquí por Jesucristo, para manifestar su confianza en Dios, que no carece de bondad de medios para subvenir á las necesidades de sus criaturas.

En las diversas especies de necesidades que nos apuran y en las cuales nos ha puesto la Providencia, sucede de ordinario que nos entregamos á la impaciencia, y que el embarazo en que nos hallamos para salir de ellas nos expone á violentas tentaciones. Propónenos entonces el demonio, no precisamente obrar milagros, sino pedirlos á Dios, prescribiéndole en cierto modo la vía por la que deseamos que él nos libre. Si no lo hace en la ocasion y del modo con que apetece, murmuramos contra él, entramos en desconfiar de su bondad, y el desespero lleva á veces hasta precipitarnos en el pecado. Resistamos, pues, al demonio como Jesucristo; y cuando nos falten ó sean ya agotados los medios humanos, jamas perdamos la esperanza en Dios; abandonémonos á él, y creamos firmemente que vendrá á nuestro socorro, sin darnos pena por el modo, que no sabremos prever y que nos cogerá de sorpresa. Frecuentes son estas críticas circunstancias en la vida interior, en la que la fe se ve puesta á todo género de pruebas. Aquel momento mismo que parece sin ningun recurso, entonces es cuando obra Dios, el cual se complace en que la criatura haya puesto en él toda la confianza que puede poner; y entonces él se declara y viene en su ayuda. Mas nada le designeis, nada le prescribais, y conservaos siempre en una confianza general que no os engañará.

No habiéndole salido bien al diablo la primera tentacion,

transportó á Jesus á la santa ciudad y despues de haberle colocado en el punto mas elevado del templo, le dijo: *Si eres el Hijo de Dios échate de aquí abajo. Pues está escrito: que te ha encomendado á sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos, para que tu pié no tropiece contra alguna piedra.* A la primera sugestion del tentador habia opuesto Jesus la confianza en Dios; mas el tentador le sugiere desde luego el abusar de esta confianza y hacerla llegar fuera de límites, so pretexto de que si es hijo de Dios no corre riesgo alguno en precipitarse. Esto era una verdad; pero ninguna razon movia al Salvador para hacer esta prueba, que no hubiera tenido otro objeto sino satisfacer la curiosidad del diablo, quien queria con esto asegurarse si era el Hijo de Dios. Y así como Jesucristo se habia servido de la Escritura, el diablo la empleó tambien á su vez; y por la falsa y maligna aplicacion que de ella se hace, trata de justificar la accion que le propone. Mas Jesus le responde: *Tambien está escrito: no tentarás al Señor tu Dios;* y seria tentarle el pedirle un milagro de proteccion en un peligro en que se expusiera por sí mismo sin causa legítima. Observad de paso, cómo Jesucristo explica la Escritura por la Escritura misma; y cómo por medio de un pasaje claro y formal demuestra el abuso que hace el demonio de otro pasaje tomado en mal sentido y peor aplicado.

El tentar á Dios es una falta en la que se cae con bastante frecuencia, sobre todo en los principios de la vida espiritual. Las señales de bondad y de familiaridad que de él recibe entonces el alma, la enardecen á veces con algun exceso; y el diablo, abusando de este atrevimiento y de su sencillez, la incita á pedir á Dios ciertas cosas que no están en el orden de su providencia y que no deben esperarse de él: lo cual es propiamente tentarle. Así, es tentar á Dios contar sobre su auxilio en ocasiones peligrosas para el cuerpo y para el alma, en que nos metemos por nosotros mismos; es tentarle el hacer en alguna manera ensayos de su poder y de su proteccion sobre nosotros, sin razon alguna, y únicamente para ver si nos saldrán bien tales ensa-

yos; es tentarle el imitar de nuestro propio movimiento ciertos rasgos de la vida de los santos que tocan á prodigio, y que no se obraron sin una particular inspiracion, como por ejemplo ayunos, austeridades que superan las fuerzas ordinarias de la naturaleza; es tentarle, por fin, el pedirle gracias extraordinarias, que por sí mismas no contribuyen á nuestra perfeccion y servirle con el ánimo de conseguirlas. De sí mismo confiesa san Agustin que estuvo sujeto á esta tentacion. *Por cuán artificiosas sugeriones, dice, me ha embestido el enemigo, para moverme á pedir algunos milagros, ¡oh Dios mio! vos á quien debo servir en la humildad y sencillez de mi corazón!* (Conf., lib. X, cap. 38.) Este gran santo conocia el lazo y se guardaba de él. Mas ¡cuántas almas menos humildes y menos ilustradas que la suya caen en él todos los dias! El tentador emplea para ello mil artimañas, mil aparentes razones de piedad, diciéndonos: que el brazo de Dios no se ha abreviado; que si para otros lo ha hecho, lo hará tambien para nosotros; que nada le cuestan los milagros en favor de las almas que le aman y que confían en él. Tampoco le faltan palabras de la Escritura, de las que echa mano con astucia para mejor seducirnos. Mas estad prevenidos; examinad escrupulosamente la naturaleza de las cosas que pedís á Dios, las circunstancias en que se las pedís y sobre todo los motivos que á ello os impulsan. Consultad con personas ilustradas y nada obreis de vuestro capricho. En cuanto á los coloridos de piedad con que el enemigo disfrazará tales sugeriones, hallareis siempre en los grandes principios de la religion y en estas palabras, *no tentarás al Señor tu Dios*, armas invencibles para contrarestar semejantes ataques. Desconfiad únicamente de vuestra imaginacion, de vuestro espíritu, de vuestra vanidad, de vuestra curiosidad. Solo por estos flancos es fuerte contra vosotros el demonio.

En fin, *le subió el diablo á un monte muy encumbrado: y mostróle todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos, le dijo: Todas estas cosas te daré, si postrándote delante de mí me adorares.* Ven-

cido en sus dos primeros ataques, en que solo habia empleado la astucia, muéstrase ya en descubierto y propone al Salvador que le adore, prometiéndole á este precio el imperio del universo, como si estuviese á su disposicion. Con esto nos hace ver que el fin de todas sus tentaciones mas ó menos inmediato es siempre el sustituirse á Dios en nuestro corazón y hacerse adorar en lugar suyo. Y en verdad, ¿no es adorar al diablo el dar oídos á sus sugeriones, el acceder á su voluntad y seguirle, en detrimento de la voluntad de Dios? Y ¿qué nos promete para esto? ¿Qué de ventajas no nos hace esperar en la vida presente, como si lo tuviese todo en su poder? ¿No nos engaña siempre con motivos de interes, de placer, de honra? Y á las almas interiores si no las seduce por objetos temporales del mismo género, ¿no sabe ganarlas por medio de objetos espirituales análogos? ¿No lisonjea su avaricia con la mira de acumular riquezas espirituales; su sensualidad, por las falsas dulzuras y por las vanas consolaciones que les procura; su orgullo, proponiéndoles estados muy altos de santidad, oraciones sublimes, éxtasis y revelaciones imaginarias? ¡Cuántas no ha seducido y arrastrado á su perdicion por semejantes medios! Se ha guardado bien de descubrirse por de pronto, ni de decirles: Prosternaos y adoradme. Esta propuesta las hubiera alarmado; mas ocultándoles el término, ha encontrado el secreto para conducir las á él, haciéndolas adorar en vez de Dios sus propias ilusiones, que él mismo habia forjado, y precipitándolas sin esperanza de retorno en pecados enormes, ya de espíritu, ya de carne, que las han vuelto esclavas suyas.

El punto principal, pues, es saber discernir las miras del demonio en las tentaciones de que se vale, y prever sus funestos resultados, y entonces nos parecerán tales como son, horribles y abominables. Y le diremos como Jesucristo: *Apártate de ahí, Satanás; pues está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo y á él solo servirás.* Tú pretendes que yo te adore y te sirva, á esto se dirigen tus esfuerzos que muy de antemano preparas; mas no me imponen tus artificios. Huye, pues, te detesto á tí y á tus su-

gestiones. ¡Cuán humilde, cuán atento y dócil á la luz divina se necesita ser, para descubrir de antemano los lazos que nos tiende el enemigo, y librarnos de ellos! Si dejais que os coja, héos aquí ya á su disposicion, sin saber á dónde os conducirá; pues la ceguera y la debilidad crecen á proporcion de nuestras caidas, y nos preparan á otras mayores que el orgullo hace irreparables. No conoceremos al demonio, ni desconfiaremos de él, ni nos horrorizará, sino en cuanto habremos aprendido á conocernos, á temerle todo de nosotros mismos, á renunciarnos, á aborrecernos.

---

## CAPITULO XXI.

FIN DE ESTA TENTACION.

**A**UNQUE el diablo no pudiese conseguir el objeto que se habia propuesto, que era el saber de cierto si Jesus era el Hijo de Dios, no obstante en aquellas palabras: *Apártate de ahí, Satánás*, sintió una fuerza imperiosa que le aterró y le obligó á alejarse. Tambien debió advertir que nada podia sobre el alma de Jesucristo, ni áun para solicitarla y hacerla vacilar, lo cual aumentó sin duda su sospecha. Retiróse, pues, mas *hasta otro tiempo*, dice san Lucas. Y ¿cuál pudo ser este tiempo sino el de la passion, en que inspiró su traicion á Júdas, y sugirió á los judíos toda su rabia contra Jesucristo?

Cuando mas resistimos al demonio, mas encarnizadamente se empeña en perdernos, y viendo que no tiene poder alguno sobre el alma, descarga su furor sobre el cuerpo, como así lo experimentaron san Antonio y tantos otros santos. Mas ni áun sobre el cuerpo hace mas que lo que le permite Dios y no puede traspasar sus órdenes. Cuidado, pues, que el temor de sus malos tratamientos no nos haga sucumbir jamas á sus sugerencias. La

señal mas segura de que se halla vencido y desesperado es que abandone el alma para atacar el cuerpo: lo que entonces le hace sufrir es una prueba, no una tentacion.

Despues de haberse retirado el diablo, acercáronse los ángeles y sirvieron la comida al Señor. Así acaban las tentaciones, por favores del cielo proporcionados á lo que se ha tenido que sufrir y al grado de la resistencia. Las tentaciones son siempre recompensadas. Su indudable fruto es la adquisicion ó el don de la virtud sobre la que ha recaído aquella, un aumento de la gracia santificante y mayor copia de fuerza para combatir al enemigo. Cuando las tentaciones son extraordinarias las gracias que las siguen lo son tambien, y entonces es cuando las visitas del cielo son mas dulces y mas consoladoras. Sabido es por experiencias sensibles hasta qué punto vela Dios sobre sus fieles servidores y cuánto se interesa en sus victorias. Luchemos, pues, con valor y con alegría á los ojos de Dios, revestidos de la fuerza de Dios, el cual solo á este precio nos tiene prometida la corona, y que está mas pronto para dárnosla que nosotros para recibirla.

¿Qué temeremos, pues? Jesucristo venció por nosotros y seguros estamos de vencer con él combatiendo bajo sus banderas. Si él quiso ser tentado fué, no para su provecho, sino para el nuestro. Con su ejemplo nos enseñó cómo debiamos portarnos en las tentaciones: hizo sobre sí mismo el ensayo de las fuerzas de nuestro enemigo, para dispensarnos en la medida conveniente los socorros de que necesitamos. ¿Cómo nuestro Pontífice no tuviera compasion de nuestras flaquezas, cuando, á excepcion del pecado, las ha probado todas, hasta las tentaciones, que es la mayor miseria á la cual estamos sujetos? El debió, como nos asegura san Pablo, asemejarse á sus hermanos, á fin de ser un Pontífice misericordioso y fiel para con Dios, en orden á expiar ó satisfacer por los pecados de su pueblo; ya que por razon de haber él mismo padecido y sido tentado, puede socorrer á los que son tentados. (Hebr., II, 17, 18.)

¿Qué cosa es la vida interior? Una serie, un tejido de tentaciones de toda especie. Desde el instante en que entra un alma por esta senda, allí encuentra al demonio ocupado únicamente en tenderle lazos. Si Dios está siempre con ella, el demonio está siempre también á su lado, sin darle un momento de reposo, asechándola de continuo, hasta que ha perdido toda esperanza de vencerla; esperanza que conserva por mucho tiempo, no renunciando á ella hasta el último extremo. Mas ¿para qué tanto empeño en atormentar las almas interiores? Porque dan á Dios la mayor gloria, por el absoluto desprendimiento con que le están consagradas; y esta gloria es cabalmente lo que el demonio pretende disputarle. Y es también porque en semejante estado aspiran á una santidad eminente; y el demonio hace incomparablemente más esfuerzos para retraer las almas de la santidad que para conducir las almas al pecado, al cual nos precipita, no tanto él como nuestra propia malicia; al paso que más bien su malicia que nuestra propia debilidad nos hace difícil la práctica de la virtud, cuando la hemos formalmente abrazado. Además, Dios, que se place en humillar este espíritu soberbio, le dice, mostrándole las almas interiores, lo que decía en otro tiempo con respecto á Job: ¿No has visto cómo mi servidor Job, que no tiene igual sobre la tierra, es sencillo y recto y me teme y se conserva alejado del mal? (Job, I, 8.) El se complace en que luche con estas almas, para aterrarle y glorificarse en ellas. Permítele que contra ellas apure todas sus astucias y su violencia, para forzarle á que se confiese vencido, y rinda este homenaje á su gracia omnipotente que las hace triunfar. Sabed, pues, almas consagradas á Dios, cuya más fuerte ó más bien única pasión es glorificar á Dios, que le conseguireis sobre todo desafiando al diablo en combate, luchando con él cuerpo á cuerpo, haciéndoos los campeones de Dios contra su adversario. El ha osado medir sus fuerzas con Dios, y Dios, para manifestarle más desprecio, le opone una débil criatura, y la convierte en instrumento de su derrota. ¿Qué honor para vos

con tan alta elección! Sed humilde, poned toda vuestra confianza en Dios y vereis á Satanás, su rival, cómo cae á vuestros pies. La victoria de Jesucristo os sale garante de la vuestra.

---

## CAPITULO XXII.

### ELECCION DE LOS APÓSTOLES.

**J**ESUCRISTO, que venia á reformar las ideas humanas y fundar el principio de la conversión del universo, no sobre las riquezas y sobre el poder, ni sobre la elocuencia, ni sobre medio alguno natural, sino sobre la pobreza, sobre la debilidad, sobre el defecto de ciencia y de talentos; que no debía emplear para la ejecución de su designio sino medios sobrenaturales; que procuró él mismo con el mayor cuidado no manifestar en su exterior sino la humildad, y rasgos poco apreciados del mundo; no podía menos de escoger para sus apóstoles sino hombres que en algo se le pareciesen, pobres, sin letras, sin crédito, sin ninguna de aquellas calidades que atraen la estima y la consideración de los hombres. Menester era que solo Dios apareciese en una obra cuyo plan habia formado, que él debía empezar, conducir y llevar á cabo y que no pudiera atribuirse sino á él solo la gloria de su buen éxito. Hé aquí una de las principales razones del estado oscuro y humilde en un Hombre Dios y que le dirigió en la elección de sus apóstoles.

Tomólos la mayor parte de una profesión baja, groseros, ignorantes, sin educación: exigió que para seguirle renunciasen á lo poco que poseían y que sacrificasen hasta el deseo de adquirir nada en lo sucesivo. No se les unió por promesa alguna humana; y durante todo el tiempo que con ellos estuvo nada cuidó tanto como de sofocar en su alma todo germen de ambición. No les anunció sino contradicciones, persecuciones, padecimien-

tos, oprobios de parte del mundo; y comenzó por hacerles ver en su propia persona lo que debían esperar. Si les habló de un reino, fué de un reino celestial que nada tenía de comun con la tierra; de un reino al que no se podía entrar sino por el camino de la cruz y cuya puerta baja y angosta no se abría sino á la humildad y al desprendimiento propio. Si les prometió bienes, fueron bienes de un órden sobrenatural, que tenían precio tan solo á los ojos de la fe, y que no podían obtenerse sino renunciando, á lo menos de corazón, á todos los bienes temporales. ¿Qué esperanza les dejó, pues? Ninguna para la vida presente; y la que les hacía vislumbrar, no tenía por objeto sino la vida futura, de que no tenían casi ninguna idea, y sobre la cual era indispensable que no tuviesen mas garantía que su palabra.

Antes de escogerlos se retiró á una montaña y pasó la noche en oracion con Dios. (Lúc., VI, 12.) En esta plegaria pidió y obtuvo para ellos de su Padre las gracias que les eran necesarias para cumplir con su mision; y hasta la mañana siguiente, en que había ya sido escuchado su ruego, no declaró los sugetos sobre quiénes recaía la eleccion.

¡Cuán abundante enseñanza hay aquí para nosotros! La obra de Dios empezada por Jesucristo se continúa y se continuará hasta el fin de los siglos. ¿Queremos contribuir á ella de cualquier modo que sea, por nuestras oraciones, por nuestros ejemplos, por nuestros discursos? Ante todo pongámonos en disposicion de hacerlo por medio de la abnegacion y de la humildad. No nos apoyemos sobre los medios humanos; de nada sirven aquí y no pueden sino perjudicar. Si tenemos talentos naturales ó adquiridos de que nos sea permitido echar mano, santifiquémoslos desde luego, reconociendo que de Dios los tenemos, que á Dios debemos consagrarlos, y que á Dios solo pertenece dirigir el uso que de ellos hemos de hacer. Reconozcamos además que los talentos naturales, por bien que los empleemos, son muy poca cosa ó nada en comparacion de los dones sobrenaturales que lo hacen todo en la obra de que se trata; dones que da

Dios á quien le place y que no merece sino aquel que se cree indigno de ellos. ¡Oh santa humildad! ¡Oh perfecto desapropio de sí mismo! ¡vosotros sois la fuente de todo el bien que obra Dios en la tierra por los hombres; vosotros sois los instrumentos de que se sirve su gracia, y los apóstoles de Jesus y el mismo Jesus nada han hecho sino por vosotros! Muchas gentes trabajan directamente en la salud y en la perfeccion del prójimo; muchas otras se esfuerzan en contribuir á igual objeto con toda especie de buenas obras; algunas almas multiplican sus ruegos y sus austeridades á esta intencion. Mas ¿se atina á que el mayor resorte que debe emplearse es la humildad? que por poco que nos reservemos de nosotros mismos, por poco que nos busquemos, por poco que nos permitamos de ese amor propio que retorna siempre á su origen, retardamos, debilitamos, ó detenemos quizás el éxilo de las mas santas empresas? No, no se piensa como se debiera en esta importante verdad y este es el único motivo del poco fruto que se recoge.

No para esto aquí. Queremos trabajar en la gloria de Dios, queremos sacrificarnos á ella. Mas ¿estamos ya bien persuadidos de que no podemos procurárnosla sino á costa de la nuestra propia; que para ello hemos de sujetarnos á toda clase de cruces y de humillaciones, sin esperar sobre la tierra sino contradicciones, persecuciones, desprecios, calumnias, malos tratamientos, en una palabra ser hollados, pisoteados y aplastados como un vil gusano? Tener otros pensamientos y otras miras es engañarse claramente; es ir directamente contra el Evangelio; es poner un obstáculo invencible á la gloria de Dios.

Y aún sin ser apóstol, sino únicamente discípulo de Jesucristo, ¿se puede pertenecer á él sin ser humilde, desprendido, muerto á sí mismo, sin llevar voluntariamente su cruz? A los que llamó para seguirle ¿no los llamó para hacérselos semejantes á él? Y los que rehúsaron serlo ¿no le abandonaron despues? ¿Podíase confesar á Jesus por maestro, no digo solamente en el Calvario, sino en el curso de su vida, sin querer asemejarse á él? ¿Y

por qué parte podian parecerse los que le seguian sino por las virtudes que acabo de indicar? ¿Por qué, pues, las olvidan casi todos los cristianos? ¿No las creen esenciales al cristianismo? ¿Las miran tal vez con horror? ¿Por qué son tan poco gustadas, tan poco puestas en práctica hasta por aquellas almas que hacen profesion de la vida espiritual? Ellas constituyen el fondo de esta vida; sin ellas no hay interior, á menos que sea falso é ilusorio; y sin embargo, no se quiere una oracion que nos humille, pruebas que nos mortifiquen, aficciones que nos despeguen de nosotros mismos, tentaciones que nos hagan conocer nuestra corrupcion, nuestra debilidad y lo que seriamos sin la gracia.

Almas hay, en fin, á las cuales Dios asocia otras en calidad de discípulas, y destina á secundarlas en cualquiera empresa en que se interese su gloria. Antes de escogerlas, ó mas bien para asegurarse de que Dios las ha escogido, consúltenle en la oracion; pídanle humildemente sus luces, con entera desconfianza de las suyas propias; no se detengan en las calidades naturales, en los talentos, en ciertas apariencias exteriores, á menudo engañadoras, y mas dañosas que útiles á la obra de Dios. Sabemos que Samuel, á pesar de ser santo y profeta, pensó ser engañado cuando se trató de escoger entre los hijos de Isai, al que Dios destinaba para reinar en lugar de Saúl. Dejóse impresionar por la hermosura y gallardía de los que de pronto se le presentaron; y David, el mas jóven de todos, que guardaba entonces rebaños, fué el único á quien nadie pensó en presentar, aunque Dios hubiese puesto en él los ojos. *El hombre no ve sino lo de afuera, mas el Señor penetra en el corazon:* este es el que le decide, porque todo lo demas depende de él; y como á solo Dios pertenece el conocerle, á Dios solo se ha de consultar. Os fijareis, por ejemplo, en tal persona, á ella dedicareis vuestros primeros cuidados, porque creéis que adelantará mucho mas que las otras en los caminos de Dios, y que es la mas propia para secundar vuestros designios. Dios con frecuencia lo ha juzgado de otro modo, y el éxito justifica despues este juicio. Aquel en quien con-

tábais os falta; para él son perdidos vuestros trabajos; mientras aquel otro, del cual nada ó muy poca cosa esperábais, se va formando un grande hombre de espíritu y la gracia divina le asiste para secundar vuestras miras. Dios es celoso en sus juicios, quiere que se reconozca que de él viene todo lo bueno y jamas bendice lo que dimana del solo juicio del hombre. Sed humildes en todo y todo os saldrá bien. Nunca esta gran verdad será bastante repetida.

---

### CAPITULO XXIII.

#### PRINCIPIOS DE LA PREDICACION DE JESUCRISTO.

**N**o es posible dar un solo paso en la vida de Jesucristo, sin que se halle donde quiera la humildad al frente de todas sus empresas. El vino para ilustrar el universo. Segun nuestro modo de ver puramente humano, nos parece que él debia haber anunciado en sí mismo el verdadero Dios, señalándose por su sabiduría y por sus milagros, haciéndose reconocer por su enviado y por su Hijo á las grandes naciones: á los romanos, dueños del mundo; á los griegos, pueblo distinguido entre los demas por la cultura de su espíritu y por el conocimiento de las bellas artes. Separando de la idolatría á los jefes y á los magistrados del imperio romano y poniendo á los filósofos griegos en la senda de la verdad, hubiera en poco tiempo establecido su religion en todas partes. Podia sin duda hacerlo así; mas reservó estas grandes conquistas para sus apóstoles, y él se limitó á la Judea, nacion que era un objeto de odio y de desprecio para las demas, y en la cual el éxito de su empresa parecia inútil para el resto del mundo.

Mas en la misma Judea ¿por dónde empieza? ¿Se dirige desde luego á la capital? ¿Va á predicar el reino de Dios en la cor-